

La soledad del filósofo

Marcel Conche

Traducción: José Humberto Ospina R.- Jorge William Montoya S.

Fuente: Le Magazin Littéraire No.12 Oct. 2007

La soledad del filósofo no es la soledad afectiva de ese que, aún si tiene todos los rasgos del reconocimiento social, no se siente muy reconocido y comprendido en su ser más íntimo, y que hace a Montaigne exclamar: “¡Oh! ¡un amigo!”. Se la puede comparar a la soledad del artista, si no es más que una soledad intelectual.

El filósofo puede tener amigos, muchos amigos, vivir, como Epicuro, entre sus amigos. No está menos solo en tanto que filósofo, pues eso pertenece a la naturaleza misma de la filosofía. Una-

filosofía es la obra de uno solo: se habla de la filosofía de Platón –sólo de Platón-, “de Descartes” –sólo de Descartes-. No se dirá que la mecánica cuántica es la obra sólo de Heisenberg- Heisenberg diría lo contrario. No escribe acaso, al comienzo de su libro, *Der Teil und das Ganze*: “Esas son discusiones que forman la sustancia de este libro. Su meta es hacer comprender al lector cómo la ciencia se crea en el transcurso de la discusión”.

¿Imagínese a Descartes escribir su Discurso del Método, después de haber discutido de él con tal o tal? Todo lo contrario. Estando entonces en Alemania “yo no tenía, dice él, ninguna conversación que me divirtiera” y “permanecía todo el día encerrado solo, en una habitación calentada por una estufa, donde tenía todo el tiempo libre para entretenerme con *mis* pensamientos”. No se propone ser de los que no trabajan “más que sobre las obras de otros”. No es más que recurriendo a su propia razón que él se propone elaborar un método para resolver todos los problemas que el espíritu humano puede plantearse. Su filosofía será su obra, tal como la constitución de Esparta era la obra sólo de Licurgo.

La soledad del filósofo dimana de su elección, que es la elección de la razón. Pues él se encuentra, por ello mismo, separado de todo lo que proviene de los hombres, los cuales son motivados y guiados por los valores del rebaño, como dice Nietzsche, y los imperativos colectivos. Una educación de carácter tradicional, no racional, ha hecho de ellos hombres colectivos, a medio camino entre lo singular y lo universal. De los unos, ella hace cristianos, de los otros musulmanes o budistas, etc. ¿Pero dónde está la verdad?

Esa es la pregunta que distingue al filósofo. Puesto que él es singular, habiendo roto con todas las creencias y opiniones ya hechas, está abierto a lo universal.

A distancia de los hombres. La Diosa de Parménides representa el saber de la total verdad. Ella se dirige a un hombre joven que se ha empeñado en la senda del conocimiento.¹

“Joven (...), regocíjate porque no fue un destino funesto quien te envió a recorrer esa vía -pues, cierto, ella está separada de los hombres, alejada del sendero ya recorrido- sino el derecho y la justicia. Hace falta que tú estés instruido en todo: a la vez en el corazón sin variación de la verdad rectamente persuasiva, y en las opiniones de los mortales en las que no se encuentra convicción verdadera.”

La vía que sigue el filósofo está “separada de los hombres”, es decir, de las ciudades que ellos habitan, de sus costumbres, hábitos y diversiones particulares, pues la verdad en el sujeto de toda realidad no sabría confundirse con las creencias y opiniones colectivamente compartidas.

Eso que el filósofo aporta a los hombres, es, dice Heráclito, la Verdad (*aletheia*), la cual es eterna (yo escribo esta línea: será siempre verdad que yo habré escrito esta línea). Pero “de esta razón (logos) que es siempre verdadera, los hombres permanecen sin inteligencia, antes de escucharla como desde el día en que ellos la han escuchado”². La verdad filosófica es incapaz de romper el yugo de las creencias en las cuales el espíritu de los hombres comunes -esos que Heráclito llama “los más”. (*oĩ polloi*)- está como atrapado: “Sin inteligencia, cuando ellos han es-

¹ Parménides, Poema, v. 26-50, éd. Puf.

² Heráclito, Fragmento 1. éd. Diles-Kranz.

cuchado, a sordos, ellos parecen; presentes están como ausentes”³. Todo sucede como si el filósofo no hubiese dicho nada. Su discurso es la Verdad permanente en una especie de soledad. Ahora bien, si el filósofo se enfrenta, a la incompreensión, por parte de la muchedumbre, puede ser también a la agresividad: “Los perros ladran contra los que no conocen”⁴. Filósofos, tales como Anaxágoras, son exiliados; otros, como Boecio, mueren en prisión; otros son quemados vivos; uno de ellos bebe la cicuta. Queda, para el filósofo, vivir ignorado, como Nietzsche, o “encerrado”, como lo recomendaba Epicuro (*Lathe biôsas*: cuida tu vida, hazte olvidar)-tomando la lección de la muerte de Sócrates.

El poder político retrae el derecho al filósofo, según Platón. En efecto, son las muchedumbres quienes tiene el poder. En Democracia, el filósofo es el rehén de un gran número, por tanto según la palabra de Heráclito: “Un hombre vale para mí por diez mil si es el mejor”.⁵ Frente al poder político, el hombre libre no es el más fuerte. El epicúreo Lucrecio aconseja entonces no jugar al héroe sino doblar la cabeza y “obedecer pasiblemente”⁶.

Hay que comprender a los más. Todo grupo supone una conformidad de ideas y de comportamientos a un modelo y, un conformismo. Pero el filósofo representa la contestación absoluta.

Él es una amenaza para la cohesión del grupo, porque él pone en peligro toda certeza (por ejemplo, en el medio islamista, él dudará de la existencia de Alá)- ¿y cómo? por el simple hecho de plantear una pregunta, su pregunta: ¿Es eso verdadero? ¿Qué hay en ello de Verdad?

La verdad o la felicidad. ¿Qué es la Verdad? La pareja “derecho y justicia” (*thémis-dikè*), en el poema de Parménides, se coloca bajo el yugo de una Ley y de una Justicia que nos son las de la colectividad, pues ellas tienen un carácter universal. *Thémis* y *dikè*, en Homero, es el orden en general. Pero él piensa sobre todo en el orden humano, mientras que lo que señala Parménides es que, por “descubrimiento de la Verdad”, hay que entender: descubrimiento del Orden, de la ordenación profunda de lo Real. Todo filósofo (digno de ese nombre) nos habla de lo Real en su conjunto (sea como Descartes, científicamente, sea como Nietzsche, poéticamente). Ahora bien, ¿qué tiene que hacer el humilde mortal con lo real en su conjunto? El campesino, el comerciante, el empleado, el funcionario, el soldado se interesa en las mínimas porciones de lo real que les concierne: tiempo que hace, estado del mercado, reglamentaciones, salarios, promociones, etc. Cada uno vive en su esfera. Él tiene sus dificultades, sus miserias. Sin embargo, “no obstante sus miserias, él desea ser feliz, y no desea más que ser feliz”, dice Pascal.

Ahora bien, el “humilde mortal” del cual hablo, no cree ni por un minuto que la filosofía pueda aportarle a él eso que le interesa: el bienestar. En lo cual, él tiene completamente razón. ¿Pues porqué el conocimiento de la Verdad, que el filósofo aporta iría a la par con el bienestar? ¿No habría allí, más bien el sufrimiento que acompaña a sus ilusiones? (¿Si se le dejase creer tener una alma inmortal, será más feliz?). La filosofía no es la búsqueda del bienestar. ¿Además, porqué la filosofía buscaría la felicidad? Descartes ha podido entretenerse en sus pensamientos para elaborar su método porque él

³ Ibid., Fragmento 34.

⁴ Ibid., Fragmento 97.

⁵ Ibid., Fragmento 97.

⁶ Lucrecio, *parere quietud*, De natura rerum, V, 1129, trad. corregida Ernout.

no tenía “ninguna preocupación, ni pasiones que lo turbasen”. Él era pues feliz. La filosofía es el lujo de los bienaventurados. Si se trata hoy de la “máxima felicidad”, no está dada, Maupassant lo atestigua, más que por besar a esa que se ama, tanto si nos ama y no lo aparenta, como si lo aparenta (¿cómo saberlo?). Eso no tiene nada que ver con la filosofía.

La filosofía no va sin la reflexión. Y la reflexión no trae necesariamente la felicidad. A menudo, sucede lo contrario. El filósofo, que no anhela más que la Verdad está decidido a pagar el alto precio del sufrimiento –pues sentirse separado de los otros, aunque ellos no lo comprendan, es sufrimiento. Epicuro, Spinoza, piensan haber alcanzado la verdad. Se sabe hoy que la filosofía –la metafísica- no es una ciencia (que no hay pruebas en metafísica, sino solamente argumentos), de suerte que el filósofo no alcanza más que su verdad. En los dos casos, la filosofía permanece sin eco más allá del círculo de los discípulos. La comunidad científica está abierta a todos en derecho y en hecho. Una comunidad de filósofos está abierta a todos en derecho (pues la verdad que se les propone tiene un sentido universal), no en hecho. Los epicúreos permanecen entre ellos, en su “jardín”, donde ellos tienen su soledad.

He aquí el elogio de Epicuro por Lucrecio⁷: “Eres tú, oh padre, el descubridor de la Verdad: eres tú, quien nos prodigas las lecciones paternas; eso está en tus libros, oh maestro glorioso, que te asemejas a las abejas que por las flores cercanas van a todas libando, así también nosotros vamos repasándonos esas palabras de oro (doradas), las más dignas que fueron jamás de la vida eterna”.

⁷ Ibid., III, 9-13, traducción corregida Ernout.

Querellas de escuelas. Epicuro ha conocido la soledad del que descubre la Verdad. Él se ha separado de la multitud de los hombres que creen que los dioses han cuidado del hombre, que la muerte es de temer y que no hay término al deseo. Pero él se ha separado también de los filósofos, sus predecesores. Él está solo.

Sin embargo, desde que él tiene discípulos y que la Verdad es compartida, su pensamiento deviene “colectivo”, como dice Nietzsche. Ahí está la contradicción. La Verdad, como derecho universal, no es compartida más que por algunos. Epicuro no está solo, los epicúreos lo están. Y, por lo mismo, los platonicos, los pitagóricos, los estoicos, los escépticos, etc. La filosofía es irradiada en escuelas, círculos, academias. Y, en tanto que los sabios, encuentran siempre el medio de ponerse de acuerdo (por lo tanto, al menos, mientras ellos se guardan de filosofar), entre los filósofos de diferentes sectas (la palabra *haïresis*, para los griegos, significa: “escuela”), no hay conciliación posible: entre Platón y Demócrito, la incompreensión, lo mismo entre Aristóteles y Epicuro, Zenón y Epiruco, Crisipo y Arcesilao, Descartes y Gassendi, Malebranche y Spinoza, Kant y Fichte, etc. Hoy en día, los filósofos adeptos de una actitud minimalista en filosofía y que privilegian la aproximación analítica y lingüística de los problemas se oponen tanto a los filósofos de tipo trascendental (Kant, Husserl) como a los filósofos de la Totalidad y de lo Absoluto (Platón, Hegel), olvidando que la filosofía es “búsqueda de la verdad” (Descartes) y que “la Verdad es el Todo” (Hegel). Cada filósofo está en su esfera, sea solo (Nietzsche), sea con otros –soledad de muchos. No hay remedio para eso, porque ninguno sabrá jamás lo que morir significa, de suerte que se podrá siempre hacer tal suposición o tal otra con igual derecho.